



# LITURGIA, ORACIÓN, ESPACIO Y VIDA

lb<sup>5</sup>

dossiers **CPL**  
editorial

**EL SANTUARIO,  
ESPACIO DEL SILENCIO  
PARA LA ESCUCHA**

**Josep Enric Parellada**



Definición de santuario (del latín *sanctuarium*).

1. m. Templo en que se venera la imagen o reliquia de un santo de especial devoción.
2. m. Parte anterior del tabernáculo, separada por un velo del sancta-sanctórum.
3. m. Col. Tesoro de dinero o de objetos preciosos que se guarda en un lugar.

Diccionario de la Lengua Española, RAE

## 1. SEIS PREGUNTAS

Una lectura fácil o rápida del título de este cuaderno podría dar pie a pensar que queremos unir unos conceptos o unas realidades que son contradictorias. La razón de pensarlo es el hecho de que, con frecuencia, las palabras *santuario*, *romería*, *peregrinación*, etc., se asocian al concepto de fiesta, de ruido, de encuentro jubiloso. Y es cierto, cuando pensamos en las reuniones festivas y en la mayoría de actos que se celebran en nuestros santuarios. Sería, sin embargo, una interpretación sesgada quedarnos en esta percepción.

Si avanzamos un paso más nos damos cuenta de que esta formulación engloba las seis preguntas fundamentales que se dan en el ámbito pastoral de los santuarios.

Sí, seis preguntas sobre las que se fundamenta la teología, la espiritualidad y la pastoral de las peregrinaciones y de los santuarios. Seis preguntas que tienen forma circular y que se pueden agrupar en elementos binarios en forma de contrapunto.

¿Cuáles son estas preguntas?

- ¿Quién habla?
- ¿Qué dice y cómo lo dice?
- ¿Dónde lo dice?

- ¿A quién lo dice? (fijémonos en que no digo quién escucha, en un primer momento, ya que cuando nos hablamos, no siempre escuchamos).
- ¿Dónde lo escucha?
- ¿Quién escucha?

Seis preguntas que hacen que nuestra reflexión sea una reflexión fundamentalmente teológica, ya que siempre que el cristiano reflexiona, siempre que el hombre o la mujer se plantean los temas decisivos de su existencia personal o colectiva, deberían hacerlo en referencia a Dios, ya que no solo todo viene de Dios, sino que él es la única clave de lectura de nuestra realidad presente, pasada y futura.

Vamos distinguiendo los tres bloques binarios que conforman el enunciado de nuestra reflexión:

Quién habla / a quién habla

Dónde habla / dónde escuchan

Qué dice y cómo lo dice / qué escuchan y cómo lo escuchan

## 2. ¿QUIÉN HABLA?

En las estructuras de comunicación con frecuencia hay una disonancia entre el emisor de una información o comunicación y su persona. Este no es el caso de quien habla en los santuarios, ya que quien habla es él mismo la Palabra pronunciada, la Palabra definitiva, que en palabras del autor sagrado:

Joan Pau II, Carta apostólica *Tertio millennio adveniente*

Los santuarios aparecen como sitios privilegiados de renovación de la fe y de la vida por todos los que desean reavivar el encuentro con el Señor. En el santuario no es solo el hombre quien busca a Dios, sino que es Dios mismo quien viene en Persona, por la Palabra hecha carne, a hablar de sí mismo al hombre y mostrarle el camino por el que es posible abarcarlo (núm. 6).

Un silencio sereno lo envolvía todo, y al mediar la noche su carrera, tu Palabra poderosa descendió, como paladín inexorable, desde el trono real de los cielos (Sb 18,14-15a).

No se trata de una palabra cualquiera, sino de una palabra apropiada, que llega, que viene en el momento adecuado: “Llegada la plenitud de los tiempos” y no solo en la plenitud de la *historia salutis* sino en la plenitud, es decir, en aquel momento en el que el hombre y la mujer necesitan escuchar una palabra. El problema es, sin embargo, el mismo ayer que hoy. Los hombres no nos damos cuenta de que ha llegado la plenitud de los tiempos.

No es una palabra cualquiera, sino que esta palabra tiene rostro:

Y la Palabra se hizo carne, y acampó entre nosotros, y hemos contemplado su gloria: gloria propia del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14).

Por otro lado, más allá de lo que dice la Escritura, de Dios podemos decir muy poco y sabemos muy poco. Y todo lo que de él decimos, o sabemos, o hacemos, siempre está en relación a una experiencia vital. En nuestro caso, en relación a la experiencia vital que se vive en los santuarios y en las peregrinaciones.

Por esto podemos decir que aquel que es él mismo la Palabra, en el santuario es:

- el que siempre espera: “en la plenitud de los tiempos”;
- el que siempre sale al encuentro: “acampó entre nosotros”;
- el que siempre acoge: “venid a mí los que estáis cansados y agobiados”.

### 3. ¿QUÉ DICE?

Siempre y en cualquier momento una palabra de vida: “yo he venido para que tengan vida y la tengan en abundancia” (Jn 10,10). Es una afirmación

La acogida, la cordialidad (de *cordis*), son el lenguaje que predispone a la persona humana a abrirse a Dios. Son muchos los que se dirigen a un santuario; la mayoría no necesitan dinero, aunque alguna vez sí, ni formulaciones intelectuales: solo reclaman la abertura del corazón y que los responsables del santuario que hay a lo largo de nuestra geografía estén dispuestos a dejarse “importunar”.

fundamental. Quien habla lo hace para que los que escuchan tengan vida.

Una palabra de salvación, una palabra que confirma que ser hombre y ser mujer no es un mal paso, sino que ser hombre o ser mujer quiere decir que el presente tiene un pasado de amor y un futuro por construir. Y que al llegar al término del presente, tendrá un pasado detrás, pero también un amor infinito por delante.

Una palabra que de forma misteriosa, como todas las cosas, nos habla de que la vida y la muerte, el sufrimiento y la alegría, la esperanza y la duda, están inscritas en el corazón de Dios porque Dios mismo, la Palabra, se ha hecho uno de nosotros, con todas sus consecuencias. En este sentido es recomendable la lectura de algunos textos de Miguel de Unamuno, o de algunos autores rusos, Dostoyevski, Berdiaev... o autores como Bonhoeffer, que se atreven a decir que Dios es vulnerable, y, aún, Enzo Bianchi.

#### 4. ¿CÓMO HABLA?

Para saber cómo habla Dios, lo hago a partir del texto de Isaías: “El Señor Dios me abrió el oído” (50,5). Por tanto, quien habla no lo hace ruidosamente sino que lo hace de una manera concreta. De una manera que sea inteligible y capaz de ser captada por quien escucha. Esta experiencia tan profundamente humana y religiosa es la que han copiado los expertos en mercadotecnia. La diferencia son los intereses. Mientras en el caso de Dios es la *libertad* la que nace de su Palabra, en el segundo caso el objetivo es muy a menudo el mercantilismo.

Si damos un paso más, la comunicación tiene que ser creíble. Por esto, los entendidos y los estudiosos, entre ellos el P. Josua, dominico, que tratan del testimonio cristiano, afirman que el verdadero testimonio es aquel que se identifica con el mensaje que anuncia.

En esta misma línea, aquel que es la Palabra no solo habla desde el silencio, sino que es también el Silencio. Lo volveremos a encontrar más adelante.

Ya en el Antiguo Testamento encontramos muchos pasajes en los que se habla del silencio, y sería muy interesante hacer un recorrido bíblico buscando su sentido. Solo pensando un poco, de memoria, encontramos diferentes textos que hablan del silencio como condición necesaria para dar paso a la Palabra.

Recordemos aquel: “Prestad oído, cielos, y hablaré...” (Dt 32,1).

El libro de la Sabiduría dice: “Un silencio sereno lo envolvía todo, y al mediar la noche su carrera, tu Palabra todopoderosa descendió, como paladín inexorable, desde el trono real de los cielos” (Sb 18,14-15), que ya hemos citado.

El libro de Isaías empieza diciendo: “Oíd, cielos; escucha, tierra, que habla el Señor...” (Is 1,2).

El Señor va al encuentro de Elías en “un susurro” (1Re 19,11-13).

Y aún: “Escúchame, calla, que yo hablaré... escúchame, calla, y te enseñaré sabiduría”, le dice Dios a Job (Job 33,31.33).

Son los momentos solemnes de la intervención de Dios para acallar todos los ruidos, para estar atentos solo a él. En el Apocalipsis, al igual que en el Antiguo Testamento, la venida de Cristo al final de los tiempos es anunciada por un silencio lleno de solemnidad: “Cuando el Cordero abrió el séptimo sello, se hizo silencio en el cielo”. Este es el verdadero sentido de las exhortaciones de todos los padres espirituales. Dejar los ruidos del mundo para escuchar qué nos quiere decir Dios, para estar atentos a lo que él está haciendo.

Ya ahora podemos hacer una primera conclusión: silencio y palabra, palabra y silencio, son las dos expresiones inseparables de una misma realidad o experiencia.

### *Acoger o recibir*

- Podemos recibir a alguien sin acogerlo, porque recibir es un simple fenómeno, mientras que acoger es una actitud del corazón.
- Recibir no comporta ningún compromiso, acoger supone exigencia.
- Podemos recibir y olvidar seguidamente a quien hemos recibido; si acogemos, tenemos que dedicar nuestra atención a quien ha entrado en nuestro círculo.
- Podemos construir defensas contra el recibir; acoger nos desarma.
- Disponemos de lo que recibimos; nos ponemos a disposición de Aquel (o aquellos) que acogemos.
- Acoger tiene su fundamento en:
  - Retornar a la unidad, hacer de dos o más cosas, una sola.
  - Dar lo que tenemos, compartir.
  - Reconocer derechos al prójimo.
  - Darse.

Hermanos: no juntéis la fe en Nuestro Señor Jesucristo glorioso con la acepción de personas. Por ejemplo, llegan dos hombres a la reunión litúrgica. Uno va bien vestido y hasta con anillos en los dedos, el otro es un pobre andrajoso. Veis al bien vestido y le decís: “Por favor, siéntate aquí, en el puesto reservado.” Al otro, en cambio: “Estate ahí de pie, o siéntate en el suelo”. Si hacéis eso, ¿no sois inconsecuentes y juzgáis con criterios malos? (Sant 2,1-4).

## 5. ¿DÓNDE HABLA?

Es evidente que el Espíritu del Señor habla donde quiere, cuando quiere y como quiere. Es también evidente que esta afirmación de fe no contradice que él mismo se haya escogido unos lugares, un tiempo, unos espacios para hacerse presente entre los hombres. Y esto es también una verdad de fe, ya que él ha venido a plantar su tienda entre nosotros y no de forma metafórica, sino muy real.

Por ejemplo, lo hace en los santuarios, estos lugares santos y venerables que forman parte de la tradición religiosa más genuina de la historia de la humanidad.

Digamos algo de la realidad espacial del santuario. Y digo realidad espacial porque es necesario saber de ello algo para poder dar el salto que nos lleva a descubrir que nuestro cuerpo es el verdadero santuario y que somos unos santuarios a los que es necesario escuchar porque están grávidos del silencio que nace cuando Dios ha pronunciado su Palabra.

Llegados a este punto, para saber exactamente dónde habla Dios, me permito reportar algunos rasgos de los santuarios para que sean realmente unos espacios en los que resuene la voz de Dios y que el hombre la pueda escuchar.

1. Todos los santuarios deberían ser expresión de la idiosincrasia de lo que es un *lugar santo*. Este es un aspecto irrenunciable, en tanto que grado definitorio. Esta característica tendría que ser palpable, tendría que ser perceptible a través de los sentidos por todas las personas que se acercan a los santuarios. Se abre así un nuevo tema: la escucha a través de los sentidos.
2. Todos los santuarios deberían reflejar la realidad de un *espacio epifánico*, de un espacio en el cual nos sintamos acogidos por la presencia del Señor que invita a reposar en el seno de su protección y de su paz.

3. Todos los santuarios deberían ser un espacio, un *lugar protegido*, separado de todo lo que nos pueda alejar de lo sagrado. No pueden ser una mezcla sin ton ni son de toda clase de objetos y reclamos, en medio de los cuales se encuentra la “venerada y venerable imagen”, centro y razón de ser del santuario.
4. Todos los santuarios conviene que estén rodeados de un *clima de silencio y de oración*.
5. Todos los santuarios deberían ser *lugares de comunión eclesial*, que ayuden a encontrar aquella proyección de vida de la Iglesia que nos invita a ir más allá de lo que cada fiel vive en el contexto parroquial, un contexto reducido y que sin negar todo lo que tiene de bueno puede llegar a empobrecer los horizontes.
6. Todos los santuarios deberían ofrecer la posibilidad de vivir en unas horas, o durante unos días, un programa completo de vida cristiana. Los fieles, al llegar a un santuario, no deberían inventar su propio programa de *actividad cristiana*, sino que, sencillamente, deberían sentirse empujados a vivirla con intensidad.
7. Los santuarios deberían ser un *lugar de acogida* para cualquier cristiano, sea cual sea su situación espiritual y el grado de su vivencia de la fe, así como también un lugar donde los que ya viven una intensa vida cristiana encuentren la fuerza, el consejo espiritual, para caminar y progresar por los caminos que siempre quedan por descubrir en el itinerario de la fe.

## 6. ¿QUIÉN ESCUCHA?

El destinatario del mensaje que quiere hacer llegar el que es la Palabra es doble en los santuarios. Nos equivocaríamos si pensáramos que se refiere únicamente a los peregrinos y a los visitantes. Los que llegan a un santuario se encuentran con los llamados agentes pastorales que son *homo viator* como ellos.

### *¿Quiénes son estos hombres y mujeres “viatores”?*

En primer lugar, son los hombres y mujeres que viven, o malviven, en un tiempo concreto y en un lugar específico o que vagan sin techo.

Usando una analogía evangélica, los que llegan a los santuarios son como la pesca milagrosa. Toda clase de peces, grandes y pequeños, algunos decididos

al cambio o trabados por múltiples presiones y ataduras. Cada uno llega con una carga de historia personal y, explícita o no, con una profunda nostalgia de trascendencia y de sentido para sus vidas, a menudo marcadas por tantas desdichas.

Algunos tienen conciencia de ser peregrinos. Otros ni tan solo saben de dónde vienen ni adónde van, ni quiénes son. Otros desconocen sus posibilidades y la grandeza de su dignidad.

Muchos llegan con una fuerte carga de desestructuración familiar, laboral, psicológica, religiosa, con miedo, con angustia y con el desencanto a flor de piel.

Algunos llegan cansados, cansados de todo, aunque también de una manera misteriosa con una cierta esperanza que seguramente no podrán definir. Por lo que no es extraño que confundan qué buscan con a quién buscan. El santuario, como lugar en el que Dios se manifiesta, en el que habla, tiene una vocación genuina, que es la de *hacer el bien y la de hacer nacer el consuelo en el corazón de los hombre y mujeres*. Y el consuelo es siempre fuente de luz y de vida.

Los que llegan lo hacen como hijos del Éxodo, que después de haber recorrido un largo camino quieren detenerse para escuchar aquella palabra que, desde siempre, anhela su corazón, aunque no lo sepa, y quieren hacerlo escuchando el latido profundo de su corazón, aunque tampoco lo sepan.

Si nos dejamos llevar por la lógica evangélica, descubrimos, sorprendidos, que todos los que llegan a un santuario, sean peregrinos explícitos, visitantes, turistas, desconcertados, etc., son hermanos y hermanas que la Iglesia acoge en la casa del Padre.

Juan Pablo II afirmó que:

En un santuario, todos podemos descubrir que somos igualmente amados, igualmente atendidos, empezando por aquellos a los que la vida ha marcado, los pobres, los alejados de la Iglesia. Cada uno puede descubrir su eminente dignidad de hijo o hija de Dios, aunque lo haya olvidado.

### *¿De dónde vienen?*

Nuestra sociedad moderna es paradójica. Por un lado, se han agrietado muchas de las paredes maestras de la sociedad tradicional, de manera que uno de los aspectos que definen este tiempo histórico es, precisamente, la crisis o el hundimiento de seguridades antiguas, valores o evidencias colec-

tivas. Por otro lado, observamos un creciente retorno de todo lo que es religioso (éxito del mundo oriental, atracción de los movimientos carismáticos, etc.) y también la importancia que se da a la llamada “religiosidad popular” o “piedad popular”, es decir, a la gran mayoría de personas que viven la fe con los sentidos y buscan lugares en los que expresarla.

Quisiera enumerar algunos elementos del mundo contemporáneo que contribuyen a crear esta sensación de crisis:

- precisamente, la crisis de las instituciones estables: familia, matrimonio, instituciones políticas, la misma Iglesia;
- el fracaso de las ideologías que pretenden dar una visión global y coherente de toda la realidad, ya que no responden a las preguntas definitivas de la existencia humana;
- la crisis de los valores que han perdido su referente respecto al Trascendente y se convierten en una caricatura de sí mismos;
- finalmente, Dios mismo ha entrado en crisis para muchos de nuestros contemporáneos, lo que ha dado lugar a una especie de ateísmo práctico, que también vive una crisis profunda.

Estas crisis o fracasos no son neutros, sino que dan como resultado una nueva mentalidad, consciente o inconsciente, que toca y arraiga en todas las personas, también entre los cristianos. Esta mentalidad tiene las siguientes características:

- *racionalidad*: la razón, la ciencia, la técnica, gozan hoy de un lugar privilegiado. Las ciencias siguen prometiendo un futuro radiante, pero los hombres, cada vez más, lo viven como un futuro incierto e inquietante;
- *secularización*: el hombre entendido como director de la historia, prescindiendo de las instancias religiosas y del mismo Dios;
- *pluralismo*: es innegable una creciente diversificación de toda clase de corrientes humanas;
- *privatización*: el hombre se repliega y busca su vida personal y social;
- *libertad y justicia*: valores que nuestra sociedad confiesa como básicos, constitutivos del hombre individual y colectivo;
- *consumo y posesión*: se viven como una realización práctica de los ideales sobre el hombre y la vida humana;

- *desencanto y angustia*: son pinceladas básicas de la posmodernidad que dejan un velo de sombra sobre nuestra experiencia humana, después de las experiencias históricas y culturales ante las oscuras perspectivas de futuro.

Esta situación ideológica y práctica que he intentado definir, es la nuestra, es el medio, el ámbito, del que salen todos los que llegan a un santuario, sin ninguna excepción, por lo menos en el contexto occidental.

Que no extrañe, pues, que me atreva a decir que vivimos en un mundo complejo que a menudo supera a las personas. Que me atreva a afirmar que todos los que llegan a un santuario vienen de lejos.

### *¿Qué buscan?*

Los santuarios son receptáculos de todo aquel que busca algo que no encuentra entre las cosas que el mundo y la sociedad ofrecen.

En especial, buscan en el santuario un contacto más directo con Dios. Un contacto que exprese, con fuerza, las experiencias profundas de su propia inquietud y que remarque, al mismo tiempo, certezas perdidas y significados auténticos de vida espiritual, de trascendencia, en definitiva.

Las formas de expresión de esta búsqueda son diversas. Muchos desean el alivio de sus sufrimientos. Otros esperan descubrir el camino para descargar sus inquietudes y sus deseos de hacer el bien. Todo esto deja intuir la conciencia, siempre difusa, de que la experiencia vivida en la peregrinación es aún la salida con más garantías para afrontar la pesadez y la oscuridad de la existencia, la salida a las preguntas decisivas de la existencia humana.

### *Cuando llegan al santuario*

Lo que acabo de decir sobre el *homo viator* lo podemos decir también de los hombres y mujeres que los acogen en el santuario. Por eso, en el santuario, unos y otros se evangelizan mutua y simultáneamente. Todos, los que llegan y los que ya están allí, unos a través de otros, reciben un mensaje de parte de Dios, reciben su Palabra.

Procurando no sesgar la complejidad de las relaciones humanas y las dificultades que suponen el “encuentro” entre las personas, y, concretamente, teniendo en cuenta la diversidad de los visitantes y la complejidad de los responsables de un santuario, nos podemos dar cuenta de que existen ciertas

actitudes, nacidas y arraigadas en el Evangelio, que son el medio a partir del cual se puede empezar a realizar la acogida: la acción de gracias, la humildad, el respeto, la valoración...

## 7. ¿DE QUÉ MANERA ESCUCHA?

Con demasiada frecuencia hemos contrapuesto palabra y silencio. Desgraciadamente, se ha hablado más del silencio que lo que se ha intentado vivirlo. Sabemos, por experiencia, que hablar de ello resulta relativamente fácil. Es la práctica que no lo es tanto.

Hay que ponernos en guardia ante la experiencia del silencio. El silencio toma, en la vida de las personas, formas muy concretas y específicas. Todas expresan realidades que van mucho más allá de pronunciar, o no, palabras.

*Hay quien calla porque no tiene qué decir ni decirse.* Es un silencio muy peligroso, es el que brota del egoísmo, del desamor, de la falta de esfuerzo por implicarnos en la vida.

*Hay quien calla porque no puede hablar.* Son muchos los que aún hoy sufren la falta de libertad para poder expresarse y hacer aflorar su vida interior o su pensamiento. Y no tenemos que ir muy lejos.

*Hay quien calla porque está agotado interiormente.* El cansancio, la fatiga, el esfuerzo que no ha dado ningún resultado... hacen que las personas queden como secas interiormente, como si nada vibrara en ellas.

*Hay quien calla porque no sabe cómo formular ni expresar* el dolor, el sufrimiento o la alegría que vive internamente, o las situaciones que le envuelven.

*Hay quien calla porque se sabe confiadamente en manos de otro.*

*Hay aún quien calla porque Dios también calla* o ha permanecido en silencio cuando alguien se le ha dirigido.

¿De qué silencio hablamos cuando nos referimos a los santuarios? Nos referimos precisamente a todos estos silencios, ya que los hombres y mujeres que llegan a nuestros santuarios, como decíamos anteriormente, son como la pesca milagrosa, y los silencios que expresan son contrapunto al silencio a través del cual habla Dios.

Aún, en los santuarios, ¿qué experiencia de silencio es necesaria junto a las que acabamos de decir, ya que estas tocan a la realidad más profunda de las personas y a las cuales tiene que llegar el silencio-palabra que es Dios mismo?

Lo primero que tendríamos que decir es que los santuarios pueden ser unas buenas *escuelas para aprender a escuchar el silencio de Dios*. Ciertamente, he dicho el silencio de Dios. Karl Rahner, en su conocida obra "El hombre, oyente de la Palabra", describía cómo el hombre es esencialmente, tanto antropológica, como filosófica y teológicamente, un ser capaz de escuchar a Dios. Un Dios, sin embargo, que, a veces, calla. Ante esta constatación, el mismo Rahner decía: el hombre es simultáneamente un ser capaz de escuchar el silencio de Dios. Es pues la capacidad de escucha lo que, como veremos, define al hombre y a la mujer de todos los tiempos. Los define porque su existencia se debe a una palabra pronunciada por Dios. Por esto, a Thomas Merton le gustaba decir: "¿Quién soy yo? Yo soy una palabra pronunciada por la boca de Dios".

*Aprender a escuchar el silencio de Dios*. Esta es una de las tareas más importantes que tienen hoy confiadas los santuarios. El silencio de Dios es un silencio que experimentamos constantemente. Se trata, sin embargo, de un silencio diferente del de los humanos, ya que él, como es la Palabra, es también el Silencio. Hasta ahora no lo habíamos formulado de esta manera. Dios es el Silencio. Un silencio que engendra vida y también un silencio que a veces hace daño y perfora el alma. El mismo Jesús lo experimentó.

Antes de continuar, quisiera decir que si Dios es la Palabra y es el Silencio, nosotros, los humanos también lo somos. Pero no lo somos por nosotros mismos, sino porque otro nos ha pronunciado y nos ha convertido en imagen y semejanza de él, con todo lo que esto comporta y significa.

Aquí, haciendo un cierto antropomorfismo, podríamos decir que, ante el silencio de los demás (un silencio vacío o lleno, tanto da), hay que ser muy respetuosos. Personalmente lo intento aplicar a Dios. *Debemos respetar su silencio*. Pero hay algo distinto a cuando nos encontramos ante el silencio de los otros. Ante el silencio de Dios podemos elevar nuestro grito, nuestro clamor, nuestra protesta, porque Jesús, la Palabra, hizo llegar su turbación al corazón de Dios. De un Dios que siguió callado. La respuesta no fue la esperada. La respuesta al gran grito de Jesús en la cruz y que el evangelista Marcos no se atrevió a transcribir, es el sepulcro vacío.

Los santuarios deberían ser escuelas del silencio de Dios, ya que solo un Dios que sabe callar ante nuestros momentos de incertidumbre, de duda, puede hacer descubrir en el corazón el preciado don de la libertad; de una libertad que nos permite tomar nuestras opciones. Unas opciones que no

son fruto de la imposición sino del amor que acompaña al silencio creador de Dios.

Los santuarios, todavía, deberían ser *escuelas en las que hombres y mujeres tomemos conciencia de que Dios sale siempre al encuentro, que siempre espera, que siempre acoge*. Un encuentro, una espera, una acogida paradójica, que huye de los esquemas que con frecuencia llevamos en el corazón y en la inteligencia.

Convendría que, en los santuarios, en los espacios dedicados especialmente a la oración, en las confesiones y en la acogida personalizada a las personas que allí acuden para dejar, como hizo la madre de Samuel (cf. 1Sam 1,9-12), el silencio duro y desnudo de la desolación bajo tantas formas, puedan captar que el camino del silencio de Dios nos empuja a una constante búsqueda de su Palabra, obstinadamente, sin parar.

Para vivir, para experimentar el silencio del que estamos hablando, necesitamos un silencio también exterior, y los santuarios pueden ser un buen ejemplo de ello. Para vivir el silencio del corazón necesitamos un clima, una ausencia de ruido. El P. Miquel Estradé escribía años atrás:

Con ruido se promueven las modas, con ruido se orquestan los eslóganes, con ruido nos hacen comprar lo que quieren, con ruido nos hacen acatar ideas... Estamos como drogados por el ruido, tan viciados de ruido que hay quien no puede salir al campo sin el transistor al lado. El ruido hace olvidar el silencio y, por lo tanto, la admiración, y hacer olvidar la palabra y el diálogo. La razón es que el silencio y la palabra nos ponen en contacto con nuestro yo, mientras que el ruido nos lo disimula.

Los espacios y los tiempos litúrgicos pueden ser una buena escuela para el aprendizaje de crear un espacio de silencio en el corazón, que nos permita escuchar a Dios y escuchar a los demás.

Espacios y tiempos, es decir, la naturaleza y la liturgia, son espacios de belleza para captar lo que las palabras no saben formular y que solo se formula a través de silencios elocuentes.

Finalmente, dos últimos apuntes: *los santuarios deberían ser escuelas del silencio del amor y del sufrimiento*.

En lo referente a los santuarios como escuelas del silencio del amor, impresionó este texto de Taizé:

Cristo dice: “Este es mi mandamiento: que os améis unos a otros como yo os he amado” (Jn 15,12). Tenemos necesidad de silencio para acoger estas palabras y llevarlas a la práctica. Cuando nos encontramos agitados, inquietos, tenemos demasiados argumentos y razones para no perdonar y no amar suficiente y con facilidad. Pero cuando tenemos “nuestra alma en paz y silencio”, estas razones se desvanecen. Quizás, a veces, evitamos el silencio y preferimos cualquier ruido, cualquier palabra o distracción, porque la paz interior es una tarea arriesgada: nos hace vacíos y pobres, disuelve la amargura y las rebeliones y nos conduce al don de nosotros mismos. Silenciosos y pobres, nuestros corazones son conquistados por el Espíritu Santo, llenos de un amor incondicional. De manera humilde, aunque cierta, el silencio lleva a amar.

Dios también nos mira, nos acaricia con su misericordia, con un silencio expectante.

Y en lo referente a los santuarios como escuelas del silencio del sufrimiento:

Ante la muerte y el sufrimiento, ¿qué sentido tienen las palabras? Sin juzgar ninguna expresión grandilocuente de situaciones de duelo o de sufrimiento, sí que tenemos que decir que el sufrimiento y la experiencia de la muerte de los que amamos no pueden desahogarse con gritos o palabras ruidosas. Solo la lluvia de las lágrimas silenciosas ayudan a reencontrar la paz perdida. En los santuarios hay muchos elementos y ejemplos que nos puedan ayudar.

## 8. LUGAR DE ENCUENTRO ENTRE DIOS Y LA HUMANIDAD

Los santuarios deben ser lugares de encuentro entre Dios y la humanidad, deben facilitar que el encuentro entre el hombre y Dios se realice desde la escucha y el silencio radical que son ambos.

Podemos señalar un triple objetivo que debe iluminar la pastoral que se lleva a cabo en los santuarios y en los mismos peregrinajes.

- El *primer objetivo* es que toda la pastoral que se lleva a cabo en los santuarios tiene que apuntar a la conversión hacia el Señor. Conversión, es decir, volver la mirada hacia aquel que habla, que libera, que da sentido a la vida, ya que su Palabra es la Vida.
- El *segundo objetivo* es que todos los que llegan al santuario se sientan reconocidos en su dignidad, sea cual sea su situación personal. La pregunta surge inevitable: ¿qué es más importante, salvaguardar el derecho o que las personas puedan vivir con dignidad y ser acogidas y

reconocidas como hijos de Dios, aunque sea pasando por un atajo? Al fin y al cabo, los santuarios son frecuentemente los atajos por los que pasa con toda naturalidad el Espíritu Santo desconcertando formulaciones y planes pastorales.

- El *tercer objetivo* es reformular, o reconducir, la devoción y la piedad popular, ya que las amadas imágenes que se veneran en los santuarios son un icono espléndido del Dios que habla y que habla de manera bastante menos complicada de lo que pensamos.

Los objetivos pastorales son muy “sencillos” y podríamos resumirlos en:

- conducir a Cristo;
- el hombre y la mujer, sea cual sea su condición, son el centro y el objeto de la atención de los que hacen pastoral en los santuarios porque son imágenes de Dios;

### Finalidad de la acogida

Acoger en el santuario es facilitar un encuentro:

- con Dios;
- con la Palabra de Dios;
- con la Iglesia;
- en la reconciliación;
- con la caridad;
- con la humanidad;
- con el cosmos;
- con María y los santos.

En el santuario todo el mundo es acogido para pacificar y curar las heridas físicas y espirituales. Una acogida relacionada con la misericordia, que no se puede secularizar porque se encuentra de lleno en el ámbito de la gratuidad, es decir, de lo que compartimos, o podemos compartir, todos.

Acoger facilita el encuentro entre Dios y el hombre. Para ser imágenes, signos, sacramento de la acogida de Dios.

- el santuario, como lugar santo, es una realidad eclesial;
- María y los santos son ejemplos que nos ayudan en el camino de encuentro con Cristo.

De forma circular, dibujamos de nuevo, desde la ortopraxis, el itinerario que proponía al empezar la reflexión.

### *Cómo hacer posible el encuentro*

He aquí algunas sugerencias concretas para llevar a cabo esta experiencia de encuentro, de escucha y silencio, propia de los santuarios.

**La acogida:** Los que llegan tienen que ser acogidos. Hay que poner en marcha todos los medios y toda la imaginación para que la acogida sea real, no solo teórica.

**El anuncio de la Palabra:** Dios nos habla a través de la Palabra proclamada. Es importante que, en el santuario, sea proclamada con nitidez, sensatamente y comentada adecuadamente. Esta escucha implica siempre un compromiso.

**Celebración:** Las celebraciones tienen que facilitar el ambiente adecuado para la escucha. Una escucha que encuentra sus puntos álgidos en la celebración de la Eucaristía y en el sacramento del perdón.

El número de visitantes de los santuarios aumenta constantemente. Este incremento no debe escondernos un dato muy relevante: están cambiando los que visitan los santuarios y también sus peticiones. Se oye decir, aquí y allí, que las peregrinaciones organizadas disminuyen, mientras crece el número de visitantes individuales. (...) Cada santuario puede escoger la forma específica de su pastoral, y es bueno que lo haga, pero si luego no tiene en cuenta la evolución cuantitativa y cualitativa de sus visitantes y se limita a mantener únicamente sus costumbres y tradiciones, corre el riesgo de fosilizarse. Sin lugar a dudas es bueno reflexionar sobre cómo acoger esta modernidad (estos hombres y mujeres) que llama a nuestras puertas y que encuentra su eco en el interior de nuestros muros (Giovanni Cheli, Presidente del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes).

**Oración:** El ambiente del santuario tiene que facilitar la oración personal que emana como respuesta a la Palabra proclamada y a las realidades vividas por los peregrinos, haciendo nacer los espacios de silencio que van más allá del ruido o de la fiesta que acompaña frecuentemente las peregrinaciones y las romerías.

**Diálogo:** La acción pastoral contempla el diálogo personalizado que ayuda a discernir lo que Dios nos quiere decir, o nos está diciendo.

### *El santuario, lugar del silencio para la escucha*

La formulación del título de este capítulo resumía las seis preguntas fundamentales que se dan en el ámbito de un santuario. Unas preguntas que se resumen en una sola expresión, pronunciada por Dios: ¡Os amo!

Es lo que desde toda la eternidad esperan escuchar el hombre y la mujer de todos los tiempos.